

Sintonia 

Días buenos

Uno de los temas más delicados y comprometedores es, sin duda alguna, el que al tiempo se refiere. Porque en más de una ocasión, aquí mismo en estas páginas comentamos la bondad del tiempo, escritas como iban siendo a pleno sol, para luego aparecer el jueves bajo una lluvia de cántaros.

Con estas líneas de introito, que ante el lector nos salvan por lo menos del ridículo de una nueva jugarreta, podemos tranquilamente insistir sobre las bondades otoñales de nuestro clima ante la vigencia luminosa de estos días que transcurren bajo la caricia de un sol de maravilla.

El tiempo, aunque en ciertas ocasiones algo ventoso, sigue mostrándose magnánimo como para compensarnos de la mala jugada que nos hizo en los meses de julio y agosto que son las fechas cumbre de nuestro calendario turístico.

Rondan todavía por ahí, algunos turistas, de las más diversas nacionalidades, encantados tanto de los días claros que transcurren, como del reposo y de la quietud que por ahí se vive. Prueba evidente de que es tanto lo que al particular puede lograrse, como mucho todavía lo que nos queda por hacer.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
21 OCTUB. 1954

Año VII

Año 355

Arboles



ARBOLES

Una simple idea, un sueño, pueden ser, han sido muchas veces a través de las mil complejas encrucijadas de la Historia, el embrión fecundo, el motor que ha logrado convertir en palpable, esplendorosa realidad, empresas que, hasta el mismo momento de tomar cuerpo, habíanse tenido por verdaderas utopías. Por eso cuando son técnica y poesía las que únense en comunidad de designio y finalidad, hasta milagros cabe esperar de tan feliz conjunción.

Me ha sugerido este espontáneo preámbulo la lectura, en estas mismas columnas, de noticia tan alentadora como lo es la, al parecer inminente, puesta en marcha de un intensivo, importante plan de repoblación forestal en terrenos comprendidos dentro del área de la denominada península de Cabo de Creus, hacia el extremo nordeste de nuestras tierras gerundenses.

Alma y brazo ejecutor a la vez de tan ambicioso como plausible proyecto es, por lo visto, un distinguido ingeniero de Montes que, por lo que de la cuestión se trasluce, yo quiero imaginarme persona poseedora de una fina sensibilidad eficazmente hermanada con las exigencias prácticas de su profesión. No es, por desgracia, cosa demasiado frecuente pero sí suele alguna rara vez ocurrir, que la función, por prosaica que a primera vista pueda parecer, no esté reñida, sino todo lo contrario, con la ilusión.

¡Repoblar! He aquí un verbo, claramente denotador de actividad, de noble y honrosa actividad, cuya constante y optimista conjugación en el terreno de las realizaciones prácticas deberían aprenderse de memoria — de corazón, decimos por aquí y nunca mejor empleada la locución — todos cuantos por su posición, cargo o profesión pueden actuar eficazmente en materia de protección y fomento de la selvicultura, de la arboricultura en general, para ir, paulatina pero incansablemente, acabando con la triste, vergonzosa esterilidad del yermo, tantas y tantas veces provocada bajo el impulso del más irreflexivo y estéril de los egoísmos.

Asombrados y doloridos testigos hemos sido todos de las, yo llevo hasta decir «inhumanas» — que no poco de humano bueno tiene el árbol — y sistemáticas talas perpetradas en la otrora ingente masa del patrimonio forestal de nuestras comarcas sobre todo en el transcurso de las últimas décadas, y muy acusadamente a partir de la llamada primera guerra europea, en que el constructivo y remunerador repoblar vióse definitivamente arrinconado y barbaramente suplantado por el demoníaco, falsamente utilitario, carbonear.

Bosques enteros, hectáreas y hectáreas de prósper y vitalizadora masa forestal sufrieron entonces, y han seguido sufriendo, horribles mutilaciones, cuando no su total desaparición en manos de propietarios movidos tan sólo por la más ciega y fatal de las codicias.

En raptos de incomprensible inconciencia fueron sacrificados valiosísimos factores de equilibrio y estabilidad naturales creadores de sólida y permanente riqueza, latentes y seguros siempre en todo arbolado bien explotado, por la inmediata posesión de unos signos crematísticos ya entonces atacados en su raíz de endémica dolencia. Pero la consigna era tocar rápidamente riqueza, aunque muy pronto hubo de verse lo mucho de espejismo que había en tal desmesurado afán, y a ello se fué alegremente, con suicida despreocupación, bajo el tácito grito cruel de ¡abajo el árbol! Y se pagó, claro, como no podía ser de otra manera, y aún se está pagando, y mucho, aquella especie de euforia colectiva de signo final totalmente negativo y hondamente perturbador.

Por eso yo creo que hay motivo más que sobrado para lanzar gozosamente todas las campanas al vuelo cuando, destacándose por encima de la absurda general abulia en este orden de cosas, vemos a alguien que, con fe y ardor no corrientes, se erige en esforzado paladín para la defensa, inteligente y eficaz, del ARBOL, de ese generoso, fidelísimo y sufrido amigo nuestro del que, si somos capaces de dejar a un lado nuestro petulante orgullo y nos queremos fijar un poco, tantas y tan hermosas lecciones de bondad, de desinterés y de humildad podemos todos aprender.

Mucho de desear es que cunda en nuestras latitudes ese limpio y prometedor ejemplo de utilitaria, a la vez que espiritual, civilidad que en tierras de Cabo de Creus ahora, como antes en San Martín de Ampurias, se está ofreciendo a nuestra admiración y agradecido aplauso. Hay mucho erial que repoblar, muchas viejas cicatrices que cubrir, muchos destrozos que reparar aún por nuestros parañes montañosos, antaño llenos del selvático encanto que les prestaba una inconfundible, majestuosa, a la par que utilísima, personalidad.

Los que nos tenemos por verdaderos amigos de los árboles, deseamos y esperamos los más óptimos resultados de esa noble cruzada de repoblación forestal, una de cuyas notables manifestaciones estamos encomiando y aplaudiendo como se merece. Y con nosotros, habrán de ser también los poetas, los pájaros y las fuentes los que sueñen ya con gozar del verde milagro, aunque tenga que ser, ya que en la vida no todo puede desenvolverse en perpétua égloga, bajo el ojo, ávido de materialización, de los futuros cazadores, leñadores y pacientes buscadores de nuestras autóctonas, y suculentas, especies de «bolets».

Eduardo Bardas Planellas.